



BICHO BOLA

M. CARMEN CASTILLO

CON GUÍA DE LECTURA DE JOSÉ LUIS ABRAHAM LÓPEZ

UNARIA
EDICIONES

Primera edición: Abril 2022

Textos

M^a Carmen Castillo Peñarrocha

Corrección

Paula Cervera

Guía de lectura

José Luis Abraham López

Diseño

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-123658-7-0

Depósito legal

CS 201-2022

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

A mi valiente Juaner, que no se dejó acosar por nadie, pese a que lo intentaron. Ojalá Benjamín herede su coraje. Mientras tanto, trabajemos todos para que su mundo sea mejor.

1.....	13
2.....	17
3.....	22
4.....	26
5.....	30
6.....	41
7.....	49
8.....	55
9.....	60
10.....	63
11.....	68
12.....	72
13.....	80
14.....	91
15.....	99
16.....	109
17.....	112
18.....	117
19.....	123
20.....	126
21.....	133
22.....	138
23.....	143
24.....	150
25.....	157
26.....	161
27.....	167
28.....	172
GUÍA DE LECTURA	177

1.

¡Qué asco de alarma! No quiero despertarme. No me da la gana levantarme. No voy a ir a clase. Hoy no tengo ánimos para enfrentarme a todo. ¡Para, no suenes más! ¡No suenes más! No pienso hacerte caso.

—Nena, arriba. Se van a despertar todos los vecinos menos tú.

Mamá no puede enterarse de lo que me pasa. Ya no sé qué inventarme, pero hasta ahora todas las excusas me han valido. Ella tampoco tiene fuerzas para enfrentarse a mis pretextos para no ir a clase.

—Mamá, estoy fatal. Me duele mucho la tripa —respondo con la voz más penosa que puedo conseguir.

La puerta se abre a medias para dejar pasar su cabeza y poco más. No entra en la habitación casi nunca. Es mi territorio y yo tengo que apañarme con su arreglo. Bastante trabajo tiene ella para encima ocuparse de mis trastos. Me mira con una ceja arqueada.

—¿Te ha bajado la regla? —pregunta para emitir un rápido diagnóstico y prepararme alguna pastilla que me permita ir a clase.

—No. Creo que me sentó algo mal en la cena. He pasado mala noche —me invento a toda prisa. Claro, la regla es algo demasiado evidente para un engaño. Y más cuando es bastante especta-

cular como la mía. Parezco una víctima de *La matanza de Texas* y me deja más pálida que los vampiros.

—Te prepararé una manzanilla para desayunar y se te pasará —receta sin piedad.

Ahí, justo en el momento en que mi intento corre peligro de fracasar y puedo acabar en clase, es cuando mi organismo reacciona y salto de la cama, corro hacia el baño chocando con mi madre y acabo vomitando hasta la primera papilla.

—No puedo ir a clase así —sollozo entre vómito y vómito.

Ella suspira en plan «Vale, no puede ir al instituto. Me repatea dejarla sola en casa, pero no hay más remedio. Ojalá no sea que esté embarazada. No resistiría algo así». Me prepara la manzanilla de todas formas. Odio esa hierba, la relaciono con mis dolores de tripa, fingidos o reales, y me provoca nauseas de verdad. Me siento junto a la mesa de la cocina con cara de desenterrada. Si me quedo en casa, valdrá la pena todos los sacrificios, hasta tomarme esta taza de infusión vomitiva.

—Sabes que no me hace ni pizca de gracia dejarte aquí sola, y no puedo faltar al trabajo. Tendrás que ir al médico. Te pediré cita, porque a saber cuándo nos la darán. Llevas ya muchas faltas a clase, y mis justificantes pronto no les valdrán. No sé qué te pasa, Lucía, pero esto se tiene que solucionar... —me sermonea con voz agria, mientras se prepara su café soluble con leche y azúcar. Sé que está enfadada porque cierra de golpe todas las puertas, golpea la taza en la mesa y gira la cucharilla con mucho ruido.

Pues estará cabreada por otra cosa. Como si yo le importara algo. Solo le molesta porque pronto la llamará la tutora y le pedirá explicaciones, que ella no sabrá dar. No tiene ni idea de qué me pasa. A ella solo le importa Sandra.

—Cuando me encuentre mejor te pondré la lavadora y el lavavajillas, así te ayudo y no tienes que hacerlo cuando vuelvas

—murmuro arrastrando la voz con toda la penita posible, buscando una reconciliación que cada vez cuesta más.

—Esa no es la cuestión, Lucía —desprecia ella, por muy bien que le venga que yo le adelante las faenas de la casa.

No, claro que no. La cuestión es que no tienes ni idea de lo que me pasa, mamá, y que estás tan ciega que no quieres enterarte tampoco. Sigue así.



Estar a salvo en casa es otro nivel de bienestar. Sé que mañana estaré otra vez en peligro, pero al menos viviré a gusto un día entero.

En cuanto mamá sale por la puerta me animo, pongo música, lleno la lavadora y el lavaplatos, miro bien los botones que están apuntados en unas instrucciones en la pared. Las escribió Sandra, porque no le hizo mucha gracia que estropeará su jersey favorito o que tiñera de rosa su pantalón blanco. Creo que estoy en horario barato, no lo tengo muy claro. Lo compruebo en el cartel que hay en la puerta del frigorífico. Sí, hasta las ocho de la mañana el tramo más barato, hasta las 10 es tramo intermedio. Vamos bien. No estamos para muchos gastos, como diría mamá. Mientras la ropa se lava y antes de tenderla, arreglaré mi cuarto. No soy tan maniática como mi amigo Jaime, pero me gusta tenerlo todo controlado. Ya sé que eso es raro para alguien de mi edad, pero «una cosa en cada sitio y un sitio para cada cosa» era la máxima de Sandra, cuyo desorden era solo aparente. Un caos donde encontraba lo que buscaba a la primera.

No sé por qué hablo en pasado. Ella está ahí. Aún está ahí.

Subo el volumen de la música y bailo por toda la habitación mientras la ordeno. ¡Qué bien! Todo el día para mí, en paz y tranquilidad. Cuando acabe, elegiré un libro. Tengo un montón, tanto

míos como de Sandra. Si vieran mi biblioteca, se burlarían de mí por eso también. El que lee es un raro, un pringado, un rata... ¡Qué fastidio! Ni siquiera domino el argot que hablan esas petardas. Es que no me sale. Me parece de barriobajeras. Leo mucho y hablo sobre todo con personas mayores, o con Sandra, que habla muy bien. Iba a ser profesora.

Esas cerdas se ríen en mi cara mientras hablan en su jerga, en plan reinas del trap. Esa es otra. Yo soy una pringada porque me gusta Maroon 5, One Republic, Arcade Fire o Arctic Monkeys. Si no te gusta el reggaeton o el trap, estás fuera. Y no me importa.

Sé por lo que dicen las estadísticas que acabarán mal. La tía diría: «mal de muchos, consuelo de tontos», pero me da igual. Me consuela saber que el karma las alcanzará a todas. Tendrán un final que se ganarán a pulso. Las que toman drogas, aunque digan que controlan, ya se sabe cómo terminarán: robando o vendiéndose por una dosis. Puede que alguna entre en razón y se desintoxique, pero ya estará marcada de por vida, tendrá antecedentes y nadie querrá contratarla. Los que salen de rositas de estos malos rollos son los famosos, porque tienen pasta y encima la fama de malote es conveniente a veces, pero para la gente normal es otra historia.

A pesar de que van de modernas, se dejan mangonear por sus churris, lo he visto observándolas de lejos. Por eso serán maltratadas y saldrán en el telediario como víctimas de la violencia de género. Dejan que ellos las manipulen, presumen de cuánto las quieren porque son celosos en plan posesivo. Son idiotas. Yo no les dejaría mi móvil para que vieran con quien *whatsapp*o, ¡serán idiotas! Mi vida es mía y de nadie más. Y si por eso acabo sola, como la loca de los gatos, pues me da igual.

Pensando, pensando, ya ha acabado la lavadora. Voy a tender y a ver si me concentro en este libro. A Sandra le gustaba... le gusta. Y ella tiene un gran nivel como lectora. *Cien años de soledad*. Me encanta ese título. Tiene tanto que ver conmigo...

2.

Todo lo bueno se acaba, y no puedo faltar cada día a clase, por mucho que lo necesite. Tengo que enfrentarme a mi realidad, y es que puedo acabar en cualquier rincón molida a palos. El corazón se me dispara a medida que me acerco al edificio gris. Nunca fue tan gris como ahora. Antes me gustaba la idea de venir aquí, hacer nuevos amigos, sobre todo porque significaba hacerme mayor. Estudiar nunca me ha gustado mucho, pero sacaba buenas notas sin empollar. Papá decía que eso es porque soy muy inteligente y tengo una buena memoria, pero que no está de más echar un vistazo a los libros.

Todo cambió cuando le ocurrió el incidente a Sandra.

Cuando el mundo se hunde y te alejas de todos para acurrucarte en un rincón, empiezas a tener todas las papeletas para ser víctima. Eres vulnerable y los depredadores huelen tu miedo. Estás listo para ser acosado. El que sea diferente está marcado de entrada. Yo no siempre lo fui. En el colegio era una niña normal, con una vida feliz. Solo soy rara desde lo de Sandra...

Paso entre los demás sin rozarles. No quiero hablarles. No entablo relaciones. No les necesito. Respiro. Respiro. Respiro. Miro en todas direcciones. No están a la vista. Puede que hayan ido a fumarse unos porros con sus churris y no acudan a la clase de primera hora. Ojalá. Solo es un respiro, pero me vale.

Allí está Jaime. Él también es raro, porque tiene alguna discapacidad, pero es genial. Tiene memoria fotográfica y antes se acercaba a mí y sin más me hablaba del promedio de vida de los insectos o sobre series de Netflix. Me gustaba hablar de esas cosas, pero ya no. Ya tiene suficiente con las burlas de sus compañeros de clase. Solo le falta ser mi aliado para que se metan con él esas caraculos. Para ponerle a salvo, tuve que decirle que pasaba de él. Me miró como si le hubiera pegado un guantazo, y a mí se me rompió el corazón cuando se giró y se fue. Ya nunca me ha dirigido la palabra.

Esa de ahí es Irene. Es súper inteligente. Puede que algún día trabaje en la NASA o en la Agencia Espacial Europea, que le queda más cerca, o en algún sitio muy importante para gente súper lista, pero de momento solo es una «gordaasquerosacuatroojos» y ya ha sido víctima de varias trastadas. Nunca hablo con ella. No quiero perjudicarla aún más si se junta conmigo. Lo siento mucho. Me parece tan genial que me gustaría ser su amiga. Iríamos a dar una vuelta, escucharíamos música que no fuera reguetón o trap y hablaríamos del futuro y de la carrera que queremos estudiar. Me gusta la gente inteligente, me reconcilia con un mundo de chicos y chicas fans de *Mujeres, hombres y viceversa* o programas de esa calaña, que apenas saben hablar y mucho menos conversar.

Ahí va Daniel. Era un tío genial, muy guapo, pero tuvo un accidente y una quemadura horrorosa le deformó la cara y un poco el cuello, vamos supongo, porque no puedo ver mucho más de su cuerpo. Pasó de ser el *number one* a ser un apestado. Nadie le mira a la cara cuando le habla. Dicen que está en tratamiento psicológico, porque estuvo a punto de suicidarse. Pobre, no puede asumir el cambio. De verdad, temo por su vida. Un día de estos no vendrá al instituto y nos contarán que se ha tirado por una ventana o algo así. Querría acercarme a él, decirle que

sigue teniendo los ojos verdes más bonitos que he visto en mi vida, que no me cansaría de mirarlos, que lo de sus cicatrices se solucionará poco a poco con cirugía estética... pero no me atrevo. Me enviaría a la mierda directo, sin paradas. Antes era un tío inalcanzable para mí, ahora pensaría que me estoy burlando y tampoco me dejaría acercarse.

Somos los apesados, las víctimas con las que cualquiera se puede meter. Cada uno tiene sus propios torturadores, los abusos o abusos que se creen dueños de nuestras vidas, o en el caso de Daniel, los que eran sus amigos y ahora se apartan de él. Hay más gente como nosotros, aunque yo no les conozco mucho. De vez en cuando parece que sea un día tranquilo, pero de repente se escuchan gritos y alguien sale herido, o bien físicamente o en su dignidad. Se ríen, graban la escena y la cuelgan en las redes. Se sienten a gusto consigo mismos si humillan a otros. Y nadie denuncia por miedo, porque seríamos chivatos de mierda y se acabaría nuestra vida. Aguantamos y aguantamos mecha, hasta que un día pase algo grave y salgamos en las noticias.

Entro en clase. Aquí se está casi bien. Algunas veces me llevo una zancadilla, me roban el estuche o me pasan notitas con insultos, pero finjo que no pasa nada. Respiro, respiro. Hoy no han venido. Y cuando ya me siento casi a salvo... ¡mierda! Ya están aquí. El profesor de matemáticas las mira de reojo por encima de las gafas.

—Señoritas, un minuto más y no entran. Hagan el favor de ser puntuales —las amonesta sin muchas ganas.

El señor Diago solo las reprende por rutina, porque debe hacerlo, y sabiendo que sus palabras caerán en saco roto. Bastante tiene con dar su clase, vomitar una serie de conocimientos sin importarle mucho si llegan al cerebro de adolescentes a los que les importa un carajo las matemáticas. Ni siquiera a mí me gus-

tan mucho, de hecho las odio, pero voy aprobando a duras penas, porque hay que pasar por ahí y ya está.

Sandra me ayudaba mucho para comprender estos líos, pero ya no.

—¿Qué te pasó ayer, pringada? Te echamos en falta —me dice una de ellas a mis espaldas, no me importa cuál de ellas sea.

Todo el vello del cuerpo se me eriza a la vez. Ha puesto un tono feroz, en plan «te vas a llevar lo de ayer y lo de hoy». Podría no contestarle, pero eso se consideraría un signo de debilidad. Podría hacerme la valiente y contestarle cualquier barbaridad, pero eso sería una condena de muerte. Hay que encontrar un término medio y rápido, para salir del paso, y mientras el profesor se empeña en enseñarnos ecuaciones, yo tengo que elaborar un plan de fuga para que no me pillen a solas.

—Dudo mucho que os dierais cuenta de que faltaba, con lo que os fumáis —murmuro. No sé si me dará resultado. Igual lo coge con buen humor.

La idiota se ríe y el profesor se gira desde la pizarra e intenta adivinar quién ha sido. Lanza una mirada asesina general.

—¿A quién le parece divertida la ecuación? ¿Puede salir a la pizarra a contarnos el chiste a todos? —lanza el desafío, arrastrando cada palabra.

La desgraciada se esconde detrás de mí, pero yo sé que, si nadie se declara culpable, lo siguiente será un control sorpresa, y todos suspenderán, yo la primera, y de repente se me ocurre ponerme en pie, para sorpresa del profesor y de mi torturadora.

—Lo siento, señor Diago. Ha sido reír por no llorar. Me parece bastante complicada, pero si quiere, lo intento —digo en voz alta, y todo el mundo contiene la respiración por mi acto de valentía. Algunos ni conocían mi voz. El curso pasado ni siquiera iba con esta clase. Ya me conocieron con mi oscuridad a cuestas.

—Sí, por favor, inténtelo —me ofrece la tiza el señor Diago, y así descansa un instante sus neuronas y su ansiedad se queda en suspensión.

Me levanto y me dirijo a la pizarra como un cordero al mata-dero. No voy a resolverla con rapidez o se me acusará de *cerebrito*, un cargo que, como poco, merece empujones y zancadillas. Tengo que fingir que me cuesta, suspirar, secarme el sudor imaginario y equivocarme de vez en cuando, borrando los números y signos con la mano, cosa que enoja al señor Diago, que me tenderá el borrador con cara de paciencia. Pero al menos estaré un rato lejos de esa cerda, que estará relamiéndose de gusto pensando en cómo torturarme. Sigue riéndose con sus amigas, comentando que soy idiota, y ni siquiera valorarán que le he salvado el culo de un control sorpresa. Eso les da igual.

Estoy pasando un mal rato por no pasar otro mal trago. Esa es mi vida diaria. El miedo me agobia, me obliga a tomar decisiones rápidas y estúpidas, pero aún no han podido paralizarme. Aún no.